

EJERCICIOS DE «FILOSOFÍA NO
ESCRITA»: ENTRE EL DIÁLOGO Y
LA CONTEMPLACIÓN

Antonio Pino Sánchez



Revista Digital del CEP de Alcalá de Guadaíra

25 de junio de 2011
Volumen I, nº 9.
ISSN: 1887-3413

Ejercicios de «filosofía no escrita»: entre el diálogo y la contemplación

Autor: Antonio Pino Sánchez

Antonio Pino Sánchez (Cádiz, 1960) es licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia de Salamanca (1982). Diploma de Estudios Avanzados en la Universidad de Sevilla (2003). Formación en Psicología Integrativa (Programa SAT-Educa, 2002-2006). Profesor de Filosofía en Educación Secundaria desde 1985. Actualmente trabaja en el I.E.S. Alventus de Trebujena (Cádiz).

Resumen.

A partir de experiencias en diversos talleres filosóficos y terapéuticos (Brenifier, Lahav, Naranjo), el autor trata de comprender y tematizar su propia experiencia en ellos y fundamentar el valor que puede tener su aplicación en el aula, especialmente en las clases de Filosofía y Ciudadanía, Educación Ético-Cívica y Educación para la Ciudadanía. Tanto las prácticas del diálogo como las denominadas prácticas contemplativas son agrupadas bajo el epígrafe de filosofía no escrita», apuntando a formas donde la vivencia abre perspectivas distintas a la racionalidad que se ejercita en la lectura tradicional de un texto escrito.

Abstract.

From experiences in various philosophical and therapeutical workshops (Brenifier, Lahav, Naranjo), the author tries to understand and structure his own experience in them and to back up the value that can have its application to the classroom, specially in the subjects of Philosophy, Ethics, Citizenship Education and the like. Both the practices of dialogue and the so-called contemplative practices are grouped under the rubric of non-written philosophy», pointing out to forms where the experience opens up different perspectives to the rationality that is exercised in the traditional reading of a written text.

Palabras clave.

Práctica filosófica, taller de filosofía, contemplación, interculturalidad, Ran Lahav, Oscar Brenifier, Claudio Naranjo.

Key words.

Philosophical Practice, Philosophy Workshop, Contemplation, Interculturality, Ran Lahav, Oscar Brenifier, Claudio Naranjo.

Este artículo es una versión ampliada de una serie de «posts» publicados en la blog Didáctica de la Filosofía durante los años 2005-07. Agradezco especialmente a Gabriel Arnaiz y Carlos Portillo, y a todos los miembros del grupo (Luis, Samuel, etc.), por mantener la llama del diálogo filosófico. (<http://didacticafilosofia.blogis.com>)

El valor de la conversación

La demanda que día a día te hacen en las clases los estudiantes de quince a dieciocho años es un buen laboratorio. Las clases de Filosofía y Ética (o las de Educación para la Ciudadanía) son una oportunidad para ver qué funciona y qué no funciona. Mi preocupación actualmente en clase es cómo animar y sostener un diálogo que tenga sentido filosófico pero que no produzca cansancio y ofuscación en los estudiantes ni en mí mismo. Es decir, que surja como de forma natural y como demanda de la clase, que se desarrolle en el tiempo, que profundice en los argumentos y en los contenidos y que sirva de ocasión para producir un cierto cambio en las personas que participan en ella.

Mantener un diálogo exige una disposición física: estar sentado y orientado hacia quien interviene en cada momento; una disposición de atención y de escucha y de reflexión para seguir las intervenciones de quien habla; una disposición a compartir, a intervenir y formular un discurso con sentido para un grupo grande; una disposición emocional: ni demasiado aburrido, ni demasiado estimulado. Se trata de tomar conciencia del valor educativo y formativo del diálogo filosófico en clase.

En la defensa que hace Raúl Fonet-Betancourt —filósofo cubano, profesor en la Universidad de Aachen (Alemania) y pionero de la filosofía intercultural— de las tradiciones orales de los pueblos indígenas americanos (quechuas, etc.) encuentro argumentos para defender una enseñanza basada en el diálogo: «sabemos lo que estudiamos en filosofía o matemáticas pero ese saber aprendido no tiene el mismo peso vital que el saber que nos puede transmitir una madre, una abuela» (Fonet-Betancourt, 2004, p. 26). Muchas veces estudiamos contenidos sin ningún «peso vital», sólo porque forman parte de la tradición tal como la hemos recibido. Y de la misma manera que no tuvo ninguna significación «vital» en nosotros, tampoco tiene ninguna significación «vital» y personal en nuestros estudiantes.

Tengo la impresión de que muchos estudiantes con dificultades para el estudio serían recuperables si se ejercitaran en la conversación. Es como si el aprendizaje escrito que exige la escuela necesitara de una práctica previa de destreza oral en la conversación. También es llamativo que la tendencia del estudiante a «charlar» en clase —que suele interpretarse como interrupción y molestia—, no sea canalizada como competencia y aprendizaje.

Para Humberto Maturana, biólogo chileno, fundador del instituto matricético, dialogar es el fluir en una convivencia que entrelaza el «lenguajear» y el emocionar; todos los quehaceres humanos tienen lugar como un fluir de redes de conversaciones, entendidas como este entrelazamiento del emocionar (fluir de un dominio de acciones a otros) y del lenguajear (fluir de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales). En el diálogo no sólo se da un intercambio de ideas sino una implicación emocional y un compartir creencias (Maturana y Bloch, 1998, p. 315).

Dialogar es un procedimiento por el que se pasa desde la competitividad y el protagonismo a la colaboración y la capacidad de escucha. Mientras que la tendencia en el paso de la adolescencia al mundo adulto es abandonar la colaboración y la escucha, en definitiva, la conversación. Debemos, por tanto, proporcionar más espacios físicos —no meramente virtuales— para diálogos de cooperación y colaboración. Y esto basado en la posibilidad de vivir en confianza y aceptación, teniendo en cuenta que esto es un hecho biológico y que predomina efectivamente, ya que el ser humano «eligió» evolutivamente, un comportamiento de cuidado y aceptación en vez de los de, predominantes en otras especies, sumisión y agresión.

Emoción y acción siempre están conectadas. La base de lo que hacemos son los motivos, no las razones. Desde la emoción enlazada en la conversación puede producirse un cambio cultural. Y así, las aulas deben ser lugares donde uno se sienta protegido, tranquilo, cuidado. Algo que progresivamente debe extenderse al resto del centro: estética, jardines, etc. Desde esta perspectiva, deberíamos aprender a aceptar el derecho a equivocarse, el derecho a cambiar de opinión, o el derecho a irse.

Si queremos que el diálogo no sea —tal como dice Henry— sólo «palabra de mundo», de la exterioridad, sino palabra interior, profunda, verdadera, que afecta y modifica nuestra experiencia, debemos dialogar con los estudiantes no como un mero entretenimiento ni una pérdida de tiempo. Es un tiempo dedicado al otro, de gran complejidad (escuchar, atender, responder, comprender) y que puede tener un gran valor personal y educativo, no sólo para el estudiante sino para el docente. Para ello debemos estar presentes, no trivializar, sentirnos afectados, estar cerca de nuestra experiencia y de la del otro e ir buscando —estratégicamente— la profundidad de la conversación.

Michel Henry defiende una fenomenología radical de la vida en la que experimentarse a sí mismo constituye lo propio del vivir. Vivir es sufrir y gozar lo que se es: la Afectividad como esencia de la vida (Henry, 2004, p. 27). Lo que experimentamos como seres encarnados es hambre, frío, malestar, miedo, resentimiento, desprecio, celos. Es en el corazón donde el hombre se experimenta a sí mismo y todo lo que experimenta: afectos, deseos, robos, homicidios, envidia, lujuria. . .

Hay una «palabra del mundo» que describe la exterioridad (incluido el hombre como exterioridad). Hay otra palabra que describe la propia experiencia del vivir. Es la palabra del corazón: «¿Dónde habla la vida? En el corazón. ¿Cómo? En su auto-revelación patética inmediata. . . En el corazón radica lo que. . . define la realidad humana: impresiones deseos emociones, voliciones, sentimientos, acciones, pensamientos» (Henry, 2004, p. 153). Si nos vemos reducido a la descripción exterior del mundo y del ser humano ¿qué pasa? Es la barbarie. El superdesarrollo de la tecnología y el abandono de la sabiduría. La filosofía como sabiduría debe hablar una palabra desde la experiencia interior y no sólo desde la exterioridad. Debo buscar en la conversación filosófica ese contacto con la experiencia interior; las ideas filosóficas tienen un valor práctico cuando conectan con esta experiencia interior y por ello puede producir un cambio real en la persona.

Raimon Panikkar, doctor en química, teología y filosofía y experto en diálogo intercultural e interreligioso, se pregunta: «¿puede dialogarse con quien tiene mala voluntad, con el que quiere engañar o incluso aprovecharse del diálogo para imponer lo que los demás ven como una injusticia o hasta como un delito?» Y para nosotros, profesores, más directamente: «¿cómo invitar al diálogo a los que no quieren dialogar?». Este es un gran problema.

En cualquier encuentro intercultural, cualquier aproximación sin amor a otra cultura (y yo diría al otro, un estudiante, por ejemplo) es una violación de la otra cultura; y cualquier aproximación sin conocimiento es una seducción más o menos inmoral. Se trata de una relación no dualista entre amor y conocimiento, aunque no sean lo mismo. Amor no es sólo la condición previa para el conocimiento; el conocimiento no es sólo una condición previa para el amor. Su relación es intrínseca y constitutiva. Los «ojos del corazón» es una metáfora cristiana para hablar de esta unión entre mente y corazón. Los ojos del corazón son tan independientes como los ojos del

intelecto y los ojos de los sentidos.

El diálogo no es sólo un encuentro entre ideas sino una celebración (*symposium*), y en cierto sentido es algo que acontece en los márgenes de nuestra voluntad y nuestra razón. Es decir, no es suficiente muchas veces que queramos establecer una conversación para que se produzca. Hay una serie de elementos emocionales, volitivos e intelectuales que han de ponerse en juego. Y no todo está en nuestra mano.

Diálogo en el aula

El diálogo en el aula tal como lo explica y practica Oscar Brenifier, animador de talleres de filosofía, consiste en el aprendizaje de la filosofía a través del diálogo. Participar en ellos es participar en una dinámica espiritual, intelectual, emocional e instintiva sobre una praxis con las palabras. El punto de partida es la pregunta y la interacción de las respuestas. Y compartir y confrontar argumentos, ejemplos, réplicas en un proceso abierto, sin pretensiones de agotar la pregunta. Todo está dirigido para aprovechar al máximo la capacidad de reflexión de un grupo usando los recursos tradicionales de la filosofía.

Se trata de mantenerse junto a una pregunta filosófica: «¿Qué es la vida?», «¿Qué es la conciencia?», «¿Qué es la amistad?», «¿Qué es la verdad?», «¿Es siempre necesario ayudar a los demás?», etc. Y dar respuestas sencillas —que cualquiera pueda elaborar— para concretarlas y contraponerlas.

Un grupo que dialoga trasciende la razón solipsista y la racionalización: el grupo la desenmascara, tarde o temprano. El animador confía en que la energía gastada en dar la palabra al mayor número posible de participantes y ceder el tiempo necesario para que alguien pueda formular una sentencia filosófica con sentido tiene un gran valor. Y se puede comprobar cómo la suma de varios personas formulando sentencias filosóficas según un tejido de mutuo respeto, reconocimiento y asombro constituye una práctica extraordinariamente educativa. Porque no sólo se aprende a dar argumentos —o ejemplos— y que los valoren los demás, sino que también se aprende a encontrar un espacio propio de expresión en la estructura del grupo, es decir, a saber «desde donde» hablamos.

Empeñarse en el hecho de que un estudiante o participante pueda proferir públicamente su sentencia filosófica y sea tenida en cuenta, oída, contrastada, sumada e integrada a la marcha del grupo es un proceso realmente emocionante, sobre todo si esa persona no suele intervenir y hace un esfuerzo para encontrar la formulación adecuada. Reconocer el valor intrínseco de este acto de expresión, independientemente de que se esté o no de acuerdo. Y de que entre o no entre en el temario.

Se aprende a reconocer con valentía que no se tienen todas las respuestas, a afrontar la incertidumbre de que tu opinión puede quedar sin apoyo de nadie del grupo, a tener la convicción de que sostener una pregunta filosófica aunque tu no sepas la respuesta ni tengas todos los argumentos es un buen comienzo en el filosofar, y que eres —por fin— capaz de aprender de las historias y razones que te dan los demás, también de los propios estudiantes.

Brenifier también defiende, como herramientas para suscitar el diálogo, el uso de *koans*: preguntas que no tienen una respuesta objetiva clara al escucharla y tratar de responderla nos «tocan» en niveles profundos de creencias y de afectos, suponen una reflexión sobre la propia vida y sobre la dirección que llevamos en ella, pueden usarse en las clases junto a las historias del Mulá Nasrudín y otras paradojas que sirvan para llevar el lenguaje y el pensamiento de los estudiantes a los «límites»; es lo que Brenifier llama antifilosofía o vía negativa (Brenifier, 2006). A través de estos recursos se puede profundizar en las antinomias y contradicciones del pensamiento humano en su conocimiento de la realidad, intentado llegar hasta los límites del lenguaje, como ya he dicho. Igual que los maestros zen «golpean» a sus discípulos para ayudarlos a despertar y acceder a una

comprensión más profunda de la realidad, no atrapada en los esquemas dualistas de pensamiento. Para que el propio pensamiento no sea un obstáculo para sí mismo en su acceso a la realidad. Para romper los enredos y despertar a una perspectiva más completa y consciente de la realidad personal, social y natural. «Una tensión... que nos conduce a la abertura, al abismo dejándonos con una presencia intuitiva y fuerte del absoluto... de lo incondicionado...»

Un ejemplo de filosofía contemplativa

En el VIII Congreso Internacional de Práctica Filosófica celebrado en Sevilla en abril del 2006, Ran Lahav, profesor de filosofía en la Universidad de Haifa (Israel), propuso una práctica de filosofía contemplativa. El taller significó para mí una experiencia intermedia entre una dinámica terapéutica, un seminario de filosofía y un momento de «meditación». Un ajustado punto medio donde al no imponerse una facultad (imaginación, emoción, intelecto) sobre otra, todas pudieran interactuar. El ejercicio se plantea como una apertura de los esquemas y límites del propio pensamiento: «me permito pensar-sentir-intuir...» con libertad, desde «cero», alejado de mis preocupaciones momentáneas.

Durante un breve tiempo Lahav nos habló con suavidad y ligereza, pidiendo que dejáramos nuestras prisas y preocupaciones en la puerta, que cerrásemos los ojos, que respirásemos tranquilos. Preparándonos así a un estado de ánimo receptivo. A continuación repartió un texto corto que leyó de forma pausada. Un texto evocador, con algún símbolo universal: la puerta, el viaje... , realmente tampoco era importante qué texto fuera, simplemente uno que tuviera poder evocador. Debíamos escucharlo, sin ánimo de analizarlo, en actitud flotante: ¿Hacia dónde te conduce? ¿Qué sientes, piensas o imaginas? ¿En qué estrato de tu conciencia te encuentras?

Sin romper el clima creado pidió que dijéramos algo cuando nos tocara nuestro turno (marcado por un objeto que iba de mano en mano) acerca de lo que habíamos sentido o pensado escuchando el texto, según se quisiera, en voz alta o en silencio. El resto escuchaba simplemente, sin réplica, sin discusión. Terminado el ejercicio pudimos opinar, preguntarle, pedir explicaciones...

Este tipo de ejercicios tiene sentido porque la filosofía no convence sólo por asentimiento lógico sino por un cambio en la forma comprender la realidad. La filosofía es contemplativa porque me interpela a escuchar la vida y a responder desde la profundidad interna, desde un entendimiento profundo que es previo a la separación razón/emoción/acto: «Cuando filosofo sobre la naturaleza del amor, el significado de la vida, la moralidad del adulterio, las ideas filosóficas no hablan en primer término a mi pura razón. Hablan, más bien, a mi camino personal en el mundo, a mi experiencia de mi mismo y de los otros, a mi camino en el ser o, brevemente, a la persona que yo soy» (Lahav, 2006, p. 6). Es una llamada a la persona a trascender el nivel de lo cotidiano. No se trata de teorizar sino de tener una experiencia interna capaz de generar mejores respuestas y comportamientos.

Además, en este ejercicio de silencio, contemplación y escucha se consigue dar «voz a los que no tienen voz» (Marina, 2006, pp. 119-134). Estamos acostumbrados siempre participen los mismos en los debates, los más abiertos y extrovertidos, mientras que a otros apenas les oímos. Introducir el silencio y la contemplación, es decir, parar y ralentizar el debate filosófico es dar la oportunidad a que hablen todos, «porque el tiempo objetivo se pone en función del tiempo subjetivo de aprendizaje» (Fernández, 2006, pp. 233-237).

La transformación personal...

Pierre Hadot, helenista y filósofo afirma: «A lo largo de toda la Antigüedad, la filosofía es ante todo un “estilo de vida”. Por decirlo así, se abrazaba la filosofía como se abraza la religión, a través de una conversión que provoca un cambio radical de vida. El filósofo no es tanto un profesor

como un maestro espiritual: exhorta a la conversión y después dirige a los nuevos conversos, a los jóvenes -aunque a menudo también hay adultos- hacia los caminos de la sabiduría. Es un director de conciencia. Sin duda, enseña y sus clases pueden tener incluso cierto carácter técnico y referirse a cuestiones de lógica y metafísica. Sin embargo, éstas no dejan de ser meros ejercicios intelectuales que forman parte de un método de formación que se dirige al alma por entero.» (Hadot, 2004, pp.130-131); en este sentido, la nuevas práctica filosóficas son muy antiguas. El profesor de filosofía debe de «entregarse» personalmente y no solo sus ideas, por así decirlo.

... Y la apertura hacia el otro

Y en esta misma línea de transformación y cambio personal, está también Claudio Naranjo, un psiquiatra chileno que afirma que «el ser humano está siendo educado en general en un déficit amoroso, lo que nos vuelve o muy racionales o muy emocionales» (Naranjo, 2005, p. 83). En las programaciones didácticas nos conformamos con hablar de educación en valores o de inteligencia emocional, tal vez de empatía y solidaridad, pero el amor como tal no es una prioridad. Hay un tabú al amor no sólo en la educación sino en la ciencia en general. El amor es traicionado a cada paso y desde el principio. Así, nos recuerda Naranjo cómo para el lactante el valor de la leche materna no reside tanto en su valor nutritivo —que es inferior a otras leches— como en el contacto pecho con pecho, corazón a corazón, con la madre.

Se trata, según Naranjo, de potenciar una armonía entre nuestra parte instintiva y espontánea, entre nuestra parte emocional y nuestra parte racional. Es decir, lo que la psicología hace con los pacientes debería hacerlo también la educación, si lo que queremos es conseguir un educar *para ser* y no solamente *educar para hacer*, por muy útil que sea. Realmente no basta una educación en valores, o una educación emocional, o una educación para la ciudadanía, sino que se trata de aprender y enseñar una auténtica pelea contra el ego, contra los demonios internos, contra las propias pasiones. Hace falta un trabajo personal, interior, sobre la personalidad, sobre el ego. Y esto que antes lo ofrecía de forma universal la religión y que ahora lo ofrece parcialmente y previo pago la psicoterapia, y que sería deseable que se generalizase. A no ser que queramos que las pasiones que nos hacen «errar el tiro» de la acción y del entendimiento, haga errar, al ser amplificados estos errores, a la sociedad en general. Son unas viejas y conocidas pasiones: orgullo, ira, vanidad, avaricia, envidia...

Tengo la convicción personal —basada en mi propia experiencia del programa SAT-Educa¹— del valor de estas prácticas transformadoras de uno mismo, transformadoras de la relación con los demás —por ejemplo, entre estudiantes y compañeros— y en último término transformadoras del proceso educativo.

¿Cómo han influido estas prácticas terapéuticas en mí mismo y en mi práctica docente? Es difícil determinarlo. Uno aprende, por ejemplo, a llorar y a reír con espontaneidad, a mirar y mirarse con ternura, a distinguir entre deseos y caprichos, a convivir con los puntos «débiles» de la personalidad. Y con los demás: a estar más preparado para aceptar las críticas, a escuchar con más atención, a sentirse más próximo. Hay más fragilidad y más fortaleza. El resultado de las terapias es paradójico. Y más que un resultado es una actividad permanente que requiere ser renovada.

¿Me hace más feliz, más consciente, más comprometido, más profesional...? Es difícil decirlo. Pero cuando se trabaja con las emociones, se empieza a descubrir un nivel de realidad «invisible», pero lleno de fuerza y dinamismo. El deseo humano buscando su expresión lo mejor que puede, sabe o le permiten. Llenar de conciencia esta realidad de sombras para ir desde respuestas circulares y adictivas a una conducta un poco más libre y creativa, es una labor de educación.

¹El programa SAT es un currículum vivencial formativo desarrollado por C. Naranjo para terapeutas donde se trabajan con diferentes técnicas: gestalt, expresión corporal, meditación, dramatización, etc. El programa SAT-Educa es el mismo programa, pero adaptado a los profesionales de la enseñanza.

Conclusión

Tanto el diálogo como la contemplación son dos prácticas filosóficas en las que no están directamente implicados los textos. No quiero poner en duda el valor de los textos. Sólo quiero sugerir que la práctica del diálogo, en la que al menos uno de los interlocutores dispone de conocimientos filosóficos, puede ser filosófica. Es decir que si no nos dejamos llevar en la conversación por la banalidad, los tópicos y el aburrimiento, la conversación, entendida como encuentro personal, es un acontecimiento filosófico y educativo. Estamos tan acostumbrados a la charla trivial o al discurso magistral con nuestros estudiantes, que desconfiamos de un diálogo y lo consideramos pérdida de tiempo.

Por otra parte, la contemplación tampoco depende de un texto, y tampoco es banal. Hacer ejercicios de silencio, de relajación, de meditación, a solas o en grupo tampoco es una pérdida de tiempo. Se trata de ejercicios en los que la atención es llevada a fijarse en zonas de la experiencia interior humana. Practicada correctamente, según las enseñanzas de maestros cualificados, conducen a una comprensión más plena de la realidad propia y de nuestro entorno, y también, al desarrollo de virtudes y buenos hábitos.

Bibliografía

- BRENIFIER, O. (2006). Nasruddin Hodja, a master of the negative way. *Childhood & philosophy*, v. 1, n. 3, jan./jun.
(Disponible en línea en: <http://www.buf.no/en/read/txt/?page=ob-hodja06>) Existe traducción española: BRENIFIER, O. (2011). Nasrudin, un maestro de la vía negativa. *A parte rei*, nº 74. En línea: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/brenifier74.pdf>
- FERNÁNDEZ, O. (2006). Un nuevo tiempo en educación. *Alfa*, Año VIII, nº 17, diciembre, pp. 233-237.
- FORNET-BETANCOURT, R. (2004). *Reflexiones de R. Fornet-Betancourt sobre el concepto de interculturalidad*. México: Consorcio Intercultural.
Versión electrónica en: <http://filosofiauacm.files.wordpress.com/2010/02/fornet-betancourt-concepto-de-interculturalidad.pdf>)
- HADOT, P. (2004). Plotino o la simplicidad de la mirada. Barcelona: Alpha Decay.
- HENRY, M. (2004). Palabras de Cristo. Salamanca: Sígueme.
- LAHAV, R. (2006). Philosophical Practice as Contemplative Philo-Sophia, *Practical Philosophy*, vol. 8. (Versión electrónica en www.ranlahav.net)
- MARINA, J. A. (2006). «Las voces silenciadas en la era de la comunicación» (pp. 119-134). El Silencio. II Seminario del Desierto de las Palmas. Castellón: Fundación Desierto de Las Palmas.
- MATURANA, H. (1999). Transformación en la convivencia. Santiago de Chile: Dolmen (cap. Modo de vida y cultura). Versión electrónica en <http://www.enfocarte.com/4.23/filosofia.html>
- MATURANA, H.; BLOCH, S. (1998). Biología del emocionar y «Alba Emoting». Santiago de Chile: Granica-Dolmen.
- NARANJO, C. (2005). Cosas que vengo diciendo. Buenos Aires: Kier.

- ORTEGA CAMPOS, P. (2003). Curar con el pensamiento. Madrid: Laberinto.
- — (2005). Educar preguntando: La ayuda filosófica en el aula y en la vida. Madrid: PPC.
- PANIKKAR, R. (2006). Paz e interculturalidad: Una reflexión filosófica. Barcelona: Herder.